

CULTURA

DESAPARECEN DOS MAESTROS DE LA HISTORIETA

El creador, de «trazo fino y brocha gorda», es una de las figuras clave del humor español

Anacleto y las Hermanas Gilda pierden a su padre

El dibujante Manuel Vázquez murió ayer a los 60 años víctima de una embolia

CARLOS SANTAMARIA

SERVICIO ESPECIAL

El dibujante Manuel Vázquez, de 60 años, uno de los más brillantes creadores de la historieta española, murió en la tarde de ayer en el Hospital Clínico de Barcelona, víctima de un embolia que había sufrido el miércoles pasado.

Con Manuel Vázquez se rompió el molde. Su humor dibujado a lo largo de más de 50 años ha hecho de él un autor único, genial, clave para entender la historieta de humor en España desde la posguerra hasta hoy mismo. Sutil y perspicaz cuando quería, sus historietas también podían ser groseras y sumamente impertinentes. Vázquez era un humorista gráfico tan diestro en el uso de fino pincel como de la brocha gorda, incluso del rodillo si era necesario.

La vitalidad artística y humana de Vázquez lo hacía incansable al desaliento. Entró como un torbellino en Bruguera cuando no era más que un adolescente allá en los años 40 y en los 90 se mostraba como el autor más «cañero» de la revista *Makoki*.

El nombre de Vázquez va unido a sus personajes. Suyo es Anacleto (1967), el agente secreto más surreal jamás dibujado. Precisamente uno de los enemigos más perversos de Anacleto es un personaje llamado el malvado Vázquez, cuyas ideas para dominar el mundo pasaban por controlar las reservas de bicarbonato. También hubo dos hermanas, mal avenidas pero inseparables, llamadas Gilda (1948). La verdad es que Leovigilda resulta odiosa, por estirada, borde y envidiosa. Hace sufrir lo indecible a la oronda, ingenua y confiada Hermenegilda, que siempre espera la aparición del pretendiente ideal: guapo, rico y famoso.

Vázquez también dibujaba personajes entrañables como la Abuelita Paz (1969), una afable ancianita que se pasa el día en el campo recogiendo florecillas. En el bosque también pasa sus peripecias Angelito, un bebé precoz y saltarín capaz de provocar cualquier catástrofe.

Las sagas familiares fueron otra aportación de Vázquez. Ahí tenemos a la familia Churumbel (1960), un clan gitano que tiene la desgracia de tener un hijo trabajador, que pasa de robar gallinas o timar al personal. La antítesis la tenemos en la familia Cebolleta (1951), con un abuelo incansable narrador de batallitas, para desesperación de hijos, nietos y vecinos.

Sus personajes resultaban más mortíferos cuanto más afables pudieran parecer. Angel Sí Señor (1954) se limita a decir a todo «Sí, señor», pero a veces las consecuencias no tienen nada que ver con las buenas intenciones. Feliciano (1969) es el hombre con mejor buena estrella del mundo, capaz de eclipsar a cualquiera.

En torno a su figura se creó un mito, muchas veces alimentado por él mismo. Una muestra de ello han sido las historietas de la serie *Los cuentos del Tío Vázquez*, donde convirtió la morosidad en todo un

«Anacleto, agente secreto», fue uno de los personajes más famosos de Manuel Vázquez. Su irrupción en la historieta española tuvo lugar en 1967. A pie de página, «el tío Vázquez», su personaje autobiográfico.



Pocos reconocimientos

Manuel Vázquez no recibió demasiados homenajes a lo largo de su dilatada trayectoria profesional. Sus historias llenaron miles de páginas dirigidas a niños inteligentes, en las revistas de Bruguera o la revista *Garibolo*, y a un público más adulto que adquiría la revista de humor *El Papus*.

Durante el noveno Saló Internacional del Còmic de Barcelona, que se celebró entre el 9 y el 12 de mayo de 1991, el dibujante recibió uno de los últimos reconocimientos a sus más de 40 años de dedicación a la historieta cómica. La muestra editó un catálogo con las mejores viñetas del creador de *La familia Churumbel*, *La abuelita*, *Las hermanas Gilda* o *La familia cebolleta*. Un año antes recibió el Gran Premio del Saló del Còmic.



Manuel Vázquez.

Otro de los más recientes reconocimientos le llegó en abril de 1993, cuando el Col·legi de Periodistes de Barcelona organizó una exposición con una selección de las tiras que diariamente publicaba en *El Observador*. En aquella ocasión declaró: «En estos momentos me embarga la emoción porque es lo único que queda que me embarguen».

Vázquez entretuvo a generaciones enteras en momentos en los que escaseaban las distracciones. Sus personajes, desde que publicó su primera historieta cuando tenía 11 años, estaban presentes en todo tipo de situaciones. Vázquez no dejó ningún tema sin tocar: la familia, las mujeres, el sexo, la guerra fría o los cambios políticos y sociales.

arte. Aquí el héroe era el propio Vázquez, mientras los villanos son unos acreedores que pretenden cobrar las facturas ¡Qué osadía! En una de sus últimas historietas, publicada por la editorial Glénat, dio una vuelta más a la tuerca de su propio personaje con un título que es toda una provocación: *Vázquez, agente del fisco* (1994). Unos inspectores de Hacienda descubrieron la fortuna secreta de Vázquez y éste, a cambio de una amnistía fiscal, se convertía en un implacable perseguidor de defraudadores. Otra obra maestra de este genio es *¡Vámonos al Bingo!*, publicado en 1989 por Ediciones B, todo un master sobre este juego de azar que tantas fortunas ha volatizado.

Vázquez también utilizó un seudónimo para sus historietas de un humor a salto de cama. *Sappo* fue el nombre escogido y una de sus mejores series se titulaba *Don Cornelio Ladilla y su señora María*. El planteamiento siempre era el mismo: el marido cornudo llega al dormitorio, mientras su mujer desnuda yace sobre la cama. Y en el armario se encuentra la sorpresa, un gag impagable.

Una faceta que Vázquez descubrió a los lectores tardíamente fueron sus tiras de humor diarias publicadas en el diario *El Observador* (1990-1993). Mostró en centenares de tiras que su humor podía retratar con toda su mala uva el acontecer diario, siendo especialmente reseñables las dedicadas a la Guerra del Golfo. Además, en la etapa final del rotativo, a Manuel Vázquez le tocó ejercer un nuevo papel: el del acreedor que reclamaba el pago de sus últimas tiras.

EL MUNDO había contactado recientemente con Vázquez para proponerle una colaboración semanal en el suplemento MINI MUNDO. El dibujante, que se había mostrado muy ilusionado con el proyecto, ideaba ya un nuevo personaje que retomaría, en parte, su famoso Anacleto.

[Carlos Santamaría es director del Saló del Còmic de Barcelona.]



OBITUARIO • Jesús Blasco

También al Olimpo

ENRIC SIO

Pocas horas antes de que nos abandonara Manuel Vázquez, se murió Jesús Blasco. Pocos días después de Nieto. En el mundo del dibujo, las muertes se suceden con una cadencia sorprendente, al igual que los personajes de cómics. Al igual que ocurre con muchas de las publicaciones del género.

Jesús Blasco fue el único dibujante de tebeos capaz de ser aceptado por todos nosotros como presidente del Saló del Còmic de Barcelona, sin rechistar, con respeto. ¿Por qué? No lo sé exactamente.

Quien más quien menos, esta generación de «ninotaires» que comenzamos durante la década de los 60 nos habíamos criado leyendo *Cuto*. En los estudios de dibujantes se admiraba al padre Blasco. En las editoriales, lo mismo.

Recuerdo que Jesús Blasco era el único de todos nosotros capaz de dibujar tan bien como el propio Alex Raymond. Durante muchos años, la mía, la nuestra, fue una admiración hacia el gran dibujante. Luego, vinieron las modas en los cómics y descubrimos que *Cuto* y Blasco había sido la plasmación de nuestras ansias de libertad y de ser «como los americanos» de cuando éramos niños. En *Cuto* se luchaba contra los dictadores y los malos se parecían enormemente a los nazis y a los franquistas. *Cuto* había sido un cómic casi «progre», a pesar de la censura.

Blasco era, sí, un maestro. Pero antes que nada, era el magnífico amigo capaz de provocarte hematomas a base de abrazos y de entrañables zarrazos —no me extraña que los ingleses le encargaran dibujar *Steel Claw*— como muestra de su alegría por verte, de su carácter apasionado, de su pasión por vivir sin ningún freno. Jesús, nuestro ex-presidente, vivía cada minuto como si fuera el último. Sin demasiados miramientos. Escribiendo ahora esa líneas, me vienen a la memoria amigos como Oski y Hugo Pratt, autores de cómics igualmente ellos. Los tres eran parecidos. Gordos volcánicos constantemente en erupción. Imparables maestros del dibujo. Al igual que el día en que se murió Oski, hoy tampoco lloraré por mi amigo. Blasco no me lo perdonaría nunca. El quiere que levante un whisky y brinde con él. A la luna.

El dibujante Jesús Blasco falleció ayer en Barcelona a los 76 años.